rias familias para cantar, danzar y comer. También el viernes era el día del cambio de la ropa interior.

El ciclo vital

Los acontecimientos familiares más señalados eran el nacimiento, las bodas y la muerte. El recién nacido era consagrado a Dios en una liturgia consistente en que a los siete días era lavado para ser purificado, se le grababan inscripciones en la frente y al cuello, se le ponían amuletos con versículos del Corán y se le daba nombre, terminando la ceremonia con el sacrificio de un animal. La circuncisión tenía lugar cuando los niños tenían una edad aproximada a los ocho años. El matrimonio comportaba también el rito de la purificación y la novia, tocada con un velo de color, era llevada a la casa del novio. A los difuntos se les lavaba el cuerpo con aguas olorosas y vestido con sus mejores ropajes se enterraba en tierra virgen en dirección al oriente. Tanto en la medina como en los arrabales existían cementerios. En las tumbas de recién enterrados se ponía agua, pan y racimos de uvas pasas.

La Alhambra en vísperas de la conquista

La Alhambra era una ciudad-fortaleza palatina, amurallada y defendida por torreones que parecían inexpugnables. En su recinto se ubicaban los palacios reales y las residencias de los magnates. Estaba dotada de mezquitas, de escuelas y de todo lo necesario —talleres, mercados, almacenes, caballerizas, depósitos de armas— para autoabastecerse en circunstancias normales, ya que además de los reyes y de los magnates vivían en su recinto los altos funcionarios y los servidores. Y, naturalmente, estaba preparada para eventuales ataques. Desde sus miradores se dominaba la ciudad, en la luz cambiante de Granada. Y también desde sus miradores podían divisarse en la vega las enseñas de los ejércitos cristianos en los últimos días del año 1491 del nacimiento de Cristo. Era el epílogo de una larga guerra magistralmente narrada por la gubia de Felipe Vigarni en el coro de la catedral de Toledo.

Acabada la guerra y entregada la ciudad y la Alhambra, quedaban muchas cosas por hacer en la soldadura de dos culturas, soldadura en que convergieron del lado morisco un sentimiento ancestral de raza vencida, de fe disfrazada aunque no renegada y que no llegaba más allá de las formalidades del culto externo a que se vieron obligados, y del lado cristiano, el planteamiento de cuestiones básicas que nada de común tenían con el vivir diario de la ciudad conquistada.

II. Los mexicas, últimos señores de Mesoamérica

Leonardo López Luján
Escuela Nacional de Antropología e Historia
México

Hacia el año de 650 d. C., Teotihuacán pierde su primacía política y económica. La ciudad decae y es abandonada. A este colapso sucedió, durante los siguientes doscientos cincuenta años, una reacción en cadena de caídas de los grandes centros del período Clásico mesoamericano (200-800/900). Así fueron abandonadas ciudades tan importantes como Monte Albán, en Oaxaca, y Palenque y Tikal, en la zona maya.

Epidemias, degradación ecológica, invasiones bárbaras procedentes de la zona marginal mesoamericana y luchas internas a causa del descontento social son algunas de las explicaciones dadas por los especialistas en lo que respecta a la crisis de las culturas clásicas.

El período Postclásico

Cholula, Tajín y Xochicalco subsistieron; pero ninguna logró una hegemonía vagamente parecida a la que había mantenido Teotihuacán durante cuatrocientos años. Mesoamérica sufre, pues, un proceso de atomización política paulatina que propicia la llegada de bárbaros y semibárbaros de zonas septentrionales, grupos que rápidamente fueron absorbidos culturalmente dentro de la diversidad étnica mesoamericana y que con los antiguos pobladores, dieron forma a un nuevo período, el Postclásico.

Entre el año 900 d. C. y la primera mitad del siglo XVI —cuando los españoles pusieron fin a los señoríos mesoamericanos— se desarrolló este período. En él las estructuras económicas y políticas se transformaron profundamente. Nuevas técnicas agrícolas, basadas en la construcción de obras

hidráulicas, influyeron en la producción. Las represas, los canales, el cultivo de chinampas (que luego explicaré) son ejemplos del cambio tecnológico. La metalurgia, introducida al México antiguo vía América Central, hace su aparición en el Postclásico. La filigrana, el dorado, el procedimiento de la cera perdida y la aleación tuvieron el único fin de crear objetos suntuarios. Realmente fue escasa la producción de piezas metálicas —particularmente de cobre y de bronce— empleadas como herramientas agrícolas o como instrumentos bélicos.

En esta época la sociedad fue compleja. Las clases sociales se diferenciaban con una alta especialización en las funciones del grupo dirigente. Los comerciantes cobraron una importancia tal que en algunos casos llegan a rivalizar con funcionarios, guerreros y sacerdotes.

La movilidad social y la inestabilidad política son síntomas del Postclásico. Los campesinos, liberados del yugo centralizador teotihuacanao y de la carga tributaria, colonizan tierras más benignas. Asimismo, las fronteras mesoamericanas se repliegan con los nuevos embates migratorios de grupos nómadas del norte. Es un tiempo en el que surgen y caen constantemente centros hegemónicos regionales. Se pactan alianzas entre los señoríos y se incrementa el aparato militar. Esto último no significa que durante el Clásico dejaran de enfatizarse los aspectos bélicos, ya que la represión militar responde a cualquier período de inestabilidad socioeconómica. Pero durante el

El Valle de México con su primitivo sistema de lagos y asentamientos humanos de distintas épocas e importancia, desde las aldeas del período Formativo como Copilco y Cuicuilco, hasta las ciudades de Tlatelolco y Tenochtitlan que terminarían uniéndose en una gran ciudad

VALLE DE MEXICO: TERMINOS Y SU SIGNIFICADO

El término azteca *ha hecho fortuna hasta el punto que hoy día se aplica con frecuencia a toda la población de la República de México. Tradicionalmente se han denominado* aztecas *a los habitantes de la ciudad de México que conquistó Hernán Cortés. Es oportuno definir aquí el valor exacto de este término y de otros más o menos afines, al mismo tiempo que advertimos que en el artículo sobre los* mexicas *se ha respetado la acentuación original de las palabras nahuas por expreso deseo de su autor.*

El vocablo «azteca» es el gentilicio que denomina al grupo hegemónico habitante del Aztlan en el siglo XII, y que tenía una estrecha relación con Tula. Por extensión, se calificaba con este nombre a sus vasallos, los mexicas.

Los mexicas recibieron su nombre de un dios patrono Mexi, mejor conocido como Huitzilopochtli, deidad del Sol y de la guerra. Los mexicas, fundadores de Mexico-Tenochtitlan y de Mexico-Tlatelolco, tuvieron en el siglo XV y principios del XVI la supremacía en el Altiplano Central. Vulgar y comúnmente se llama «aztecas» a los mexicas.

Como «tenochcas» se conoce a los mexicas habitantes del islote de Tenochtitlan, «lugar de la tuna dura»; y como «tlatelolcas» a los mexicas disidentes que se asentaron en el islote de Xaltelolco, «lugar del promontorio de arena», en una población que llamaron Tlatelolco.

Los significados de las palabras «nahuas» y «náhuatl» se prestan igualmente a malentendidos. La palabra «nahuas» sirve para designar a todos los pueblos, pertenecientes al tronco lingüístico yutoazteca, que hablaban la lengua náhuatl.

Los mexicas, y quizá también los aztecas, pertenecían al grupo lingüístico náhua. La lengua náhuatl, dividida en varios dialectos, era uno de los idiomas mesoamericanos con mayor número de hablantes en el momento de la Conquista, y, sin duda, la más extendida.

¿Acaso de verdad se vive en la tierra?
No para siempre en la tierra: sólo un
[poco aquí.
Aunque sea jade se quiebra,
aunque sea oro se rompe,
aunque sea plumaje de quetzal se desga-
[rra,
no para siempre en la tierra: sólo un
[poco aquí.

Poema de Nezahualcóyotl, señor de Texcoco (México).
Versión de Miguel León Portilla.

Postclásico proliferan las representaciones que hacen alusión a lo militar; el arte y la religión astral reflejan la ideología dominante. Las guerras de expansión, capitaneadas por caudillos divinizados, tienen como principal finalidad adquirir nuevas áreas tributarias. A esto responde la creación de ciudades de población pluriétnica. Fueron fundadas en lugares escogidos estratégicamente y construidas con base en una planificación defensiva. Murallas, fosos, empalizadas, fuertes y garitas eran elementos indispensables de un núcleo urbano postclásico. Fue importante en esta época la expansión de las redes comerciales mesoamericanas que tenían contacto, por medio de los llamados puertos de intercambio, con regiones de Aridamérica y de Centroamérica. Productos de muy lejanas tierras se compraban y vendían durante los días de fiesta, en los mercados de las grandes urbes.

El Altiplano Central

La subárea geográfica y cultural mesoamericana conocida como Altiplano Central fue poblada por el hombre desde hace alrededor de 20.000 años. A partir de entonces se desarrollaron en dicha zona una serie de pueblos de diferente composición étnica y lingüística, pero con rasgos culturales similares entre sí y parecidos a los de los habitantes de las demás subáreas mesoamericanas.

El Altiplano Central mexicano es una vastísima zona que comprende alrededor de 300.000 kilómetros cuadrados de superficies accidentadas. Altas mesetas, cuencas y valles son separados por montañas que llegan a una altitud de más de 5.000 metros sobre el nivel del mar. El Altiplano Central se encuentra delimitado por las Sierras de Zacatecas al norte; la Sierra Madre Occidental al oeste; la Sierra Madre Oriental al este, y por el Eje Volcánico al sur. Dentro de esta región están comprendidas las cuencas del río Lerma-Santiago, al oeste, y la del Moctezuma-Pánuco, que está al este.

Obviamente, en un territorio tan amplio existen diversos climas; pero predominan, a causa de la altura y de las masas de aire seco y frío, los climas templados y semifríos, sin verdadero invierno. La temporada de lluvias es durante el verano y principios del otoño, razón por la cual el verano no es muy caluroso y la oscilación anual de la temperatura es mínima.

Recién formada, la Meseta Central no contaba con drenaje oceánico, por lo que se formaron en ella numerosas cuencas lacustres rodeadas por conos volcánicos. Posteriormente, movimientos de ascenso provocaron que los ríos hicieran cauces más profundos, y sus aguas se canalizaron hacia los océanos. En esta forma los lagos se desecaron paulatinamente y en la actualidad, también debido a la labor de hombres, pocos son los depósitos lacustres que subsisten.

En el Altiplano Central son tres las principales regiones donde se asentaron los hombres del Postclásico. La primera es el Valle de México, que cuenta con una altura mínima de 2.200 metros sobre el nivel del mar, y que contenía cinco pequeños lagos, los cuales en época de lluvias se unían. Allí se fundaron ciudades como Azcapotzalco, Tetzcoco y Mexico-Tenochtitlan. Los Valles de Tlaxcala y Puebla, solamente divididos del de México por la Sierra Nevada, conforman la otra región, que es fértil y con altitud mínima de 1.800 metros. Se fijaron en estos valles las ciudades de Cholula, Tlaxcala y Huexotzinco, entre otras. En la tercera destaca la zona lacustre de Michoacán, habitada por el pueblo tarasco, constructor de la gran Tzintzuntzan.

Como se dijo, el período Postclásico está marcado por las francas incursiones de pueblos nómadas y seminómadas al Altiplano Central. La historia registra, entre las primeras migraciones, la de grupos agricultores que hablaban la lengua náhuatl y que estaban al mando de Mixcóatl. Eran los llamados tolteca-chichimecas, hombres belicosos, fundadores de Tula. Recogieron la tradición teotihuacana y sobresalieron en la creación artística. Las fuentes afirman que hacia 950 existió una época de esplendor tolteca bajo el gobierno de Topiltzin Quetzalcóatl. Tula es abandonada en 1156. Los toltecas emigran y se establecen en diversas regiones. Algunos llegan a la península de Culhuacan, en el Valle de México.

A la caída de Tula, los chichimecas de Xólotl penetran al Valle de México y fundan la ciudad de Tetzcoco en el año de 1318, contemporánea a señoríos más desarrollados culturalmente: Azcapotzalco, Xaltocan, Tlaxcala y Tlacopan.

El último pueblo en llegar al Valle de México fue el de los aztecas, cuyo nombre correcto es mexicas. Ellos fundaron, en dos pequeños islotes del lago de Tetzcoco, las famosas ciudades de Mexico-Tenochtitlan y Mexico-Tlatelolco. A la llegada de los españoles, el grupo mexica-tenochca detentaba el mayor poderío político y económico de Mesoamérica.

El origen del pueblo mexica y su llegada al Valle de México

Varias son las versiones del origen del pueblo mexica, y muchas veces se confunden el mito y la realidad. Según algunas fuentes, los mexicas tuvieron una procedencia divina. Siete tribus emergieron de Chicomóztoc, «lugar de las siete cuevas», sitio mítico de nacimiento de pueblos. Este es un mito muy similar a otros primigéni-

cos dictados por la tradición mesoamericana.

Los mexicas hablaban el náhuatl, por lo que pertenecían a la familia lingüística yutoazteca. A principios del siglo XII habitaban en Aztlan, «lugar de blancura». De acuerdo con recientes investigaciones, Aztlan se situaba en una isla de la frontera noroeste de Mesoamérica, posiblemente en la zona de los lagos de Cuitzeo y Yuriria, o quizá en el territorio que en nuestros días ocupa el estado de Nayarit.

Los mexicas vivían de la caza y de la pesca de especies lacustres bajo la sujeción de los verdaderos aztecas. Éstos eran dueños del señorío de Aztlan, que pertenecía a la periferia occidental del dominio tolteca. Lo anterior significa que los mexicas eran un pueblo inmerso en el mundo marginal mesomericano y que, por tanto, sus características culturales no eran primitivas. Para obtener su independencia, el conglomerado mexica emigra a nuevas tierras.

Siete grupos, llamados calpullis, salieron de Aztlan conducidos por cuatro sacerdotes que portaban la imagen de su principal deidad, Huitzilopochtli. Conforme al *Códice Boturini*, los mexicas llevaron a cabo su migración conjuntamente con otros grupos, como los matlatzincas, los xochimilcas y los tepanecas.

A lo largo de la peregrinación en un lapso mayor de doscientos años, los mexicas tuvieron problemas entre sí y algunos grupos se escindieron. En algunos sitios practicaron actividades sedentarias. La tradición cuenta que en Coatépec hicieron presas para regar sus cultivos y que, después, sus sacerdotes se vieron precisados a horadar las presas, con el fin de hacerlos salir en busca de la tierra prometida. En efecto, conforme al mito, los mexicas buscaban un lugar de asiento definitivo que había sido marcado por su dios Huitzilopochtli o Mexi, en honor al cual se llamaban mexicas o mexitin.

Una vez que este grupo obtuvo la supremacía política en el Altiplano, los gobernantes reconstruyeron la historia de la peregrinación. Sostuvieron en esta nueva versión que sus sacerdotes habían oído de Huitzilopochtli, en sus apariciones, el presagio de que en la tierra donde fundaran su ciudad adquirirían un gran poder por medio del sometimiento de los pueblos aledaños; modificación que tuvo como objeto justificar ante su propio pueblo su política belicista y fomentar en él un espíritu conquistador.

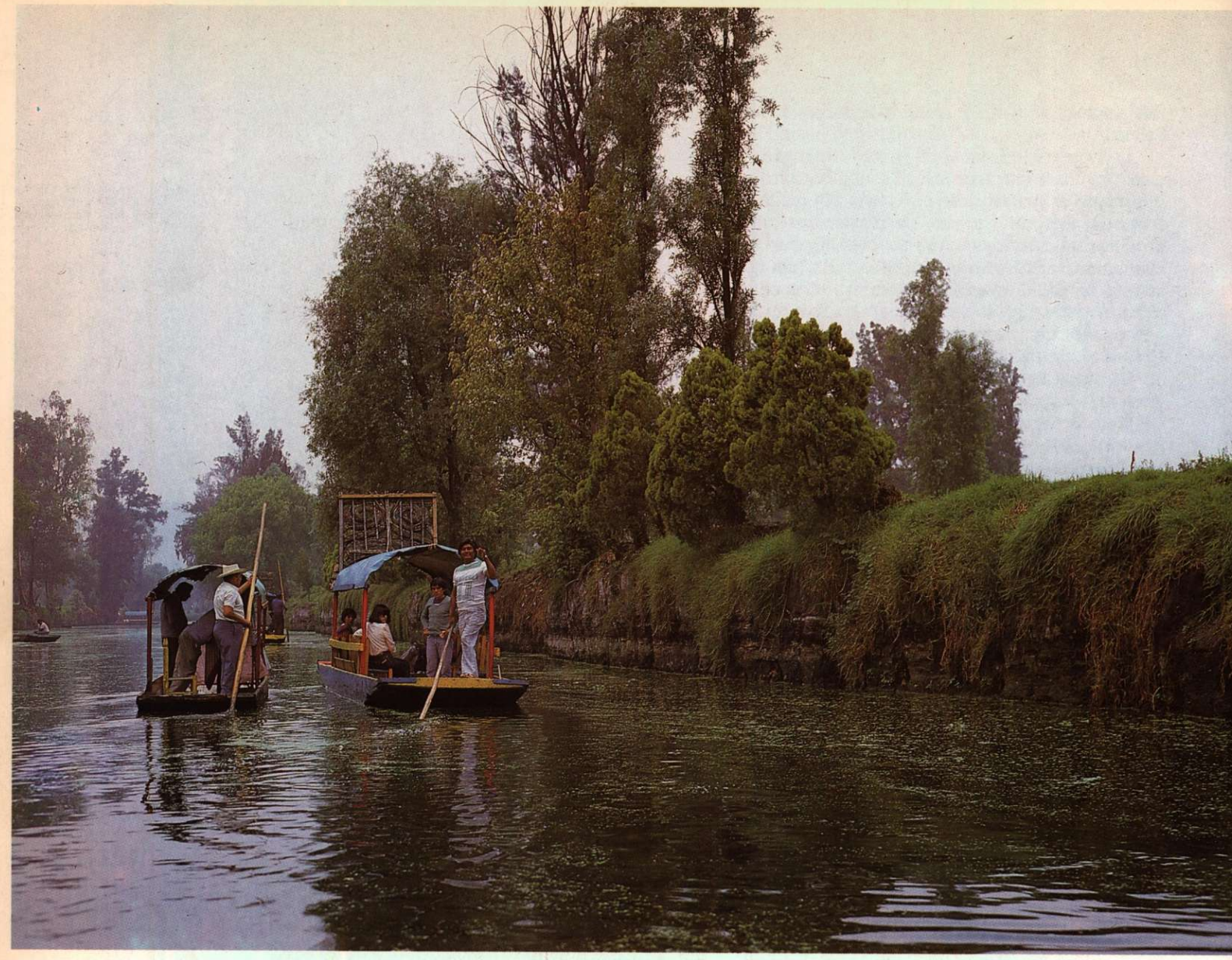
En la primera mitad del siglo XIV, ya en el Valle de México, los mexicas llegaron a un islote en el lago de Tetzcoco (1345?). Allí los sacerdotes dijeron haber hallado la señal que les marcaba su larga peregrinación: Huitzilopochtli en forma de águila, posado en un nopal y devorando, según unas fuentes a una serpiente, y de acuerdo con otras una pequeña ave. Aquí se inicia la fundación de lo que sería la ciudad más famosa a la llegada de los conquistadores europeos, Mexico-Tenochtitlan. En sus principios el asentamiento fue humilde. Los mexicas edificaron un pequeño montículo de tierra, donde rindieron culto a Huitzilopochtli. Debido a la pequeña extensión de que disponían en el islote, acarrearon piedras y troncos para desecar el pantano, aumentando así su espacio vital. Trece años después del establecimiento, se separa un grupo en desacuerdo y funda la ciudad de México-Tlatelolco sobre un islote ubicado al norte de Tenochtitlan.

Se les aparecería el dios Huitzilopochtli en forma de águila, posado en un *nopal* y devorando una serpiente o una pequeña ave

El Valle de México

Muchos eran los atractivos que presentaba el Valle de México para los grupos que arribaron a él durante el período Postclásico. De aproximadamente 2.200 metros sobre el nivel del mar, se localiza al sur del Altiplano Central y no es propiamente un valle; es en realidad una cuenca endorreica, parcialmente rodeada por una cadena de altas montañas en forma de anfiteatro. En el sureste sobresalen, a más de 5.000 metros de altitud, dos majestuosas montañas pertenecientes a la Sierra Nevada, el Popocatépetl y el Iztaccíhuatl.

En la época prehispánica cinco grandes lagos conformaban en la parte central de la



Una vista de los canales de Xochimilco, restos del antiguo lago de Tenochtitlán

cuenca un rico nicho ecológico. Los lagos de Xaltocan y Zumpango, de aguas dulces, estaban ubicados más al norte. El de Tetzcoco, situado en la parte media, era el más grande y poseía aguas salobres en su parte oriental. Al sur de este lago se hallaban los de Xochimilco y Chalco, que eran alimentados por deshielos y manantiales.

El Valle de México gozaba de un clima suave y agradable. Su clasificación técnica es de subtropical de altura, semiseco, templado, sin estación invernal y con una temperatura media anual de 15 grados. La precipitación, de mayor intensidad durante el verano, es de alrededor de 700 milímetros al año.

Las tierras del Valle eran muy fértiles y benignas para las labores agrícolas. Toda la cuenca contaba con una enorme diversidad de flora. Se podían apreciar desde las especies lacustres, como el lirio, el junco y el carrizo, hasta las xerófitas, como el agave y el nopal. Abundaban los helechos, los pastizales y los matorrales. En las partes bajas existían los bosques caducifolios de fresnos y encinos, y en las zonas montañosas, los bosques de coníferas con pinos, abetos y madroños.

El Valle de México es zoogeográficamente un área compleja y mixta. Allí se funden las faunas neártica y neotropical. En la zona lacustre había gran cantidad de aves, como el pato, la grulla, el pelícano y la garza, y numerosas especies de peces, crustáceos, anfibios e insectos, animales que formaban parte muy importante en la dieta de los habitantes de la región. En zonas más altas vivía la fauna mayor. Especies ahora extintas o casi extintas en el valle, como el venado, el coyote, el águila, el puma, el pecarí, la zorra, el conejo y la víbora de cascabel, poblaban toda el área montañosa.

Los primeros tiempos

Lejos de haberse asentado en un lugar paradisíaco, los mexicas tuvieron que luchar arduamente para modelar su medio. Los islotes de la parte occidental del lago de Tetzcoco pertenecían al señorío tepane-

ca de Azcapotzalco, principal potencia de la Cuenca de México.

En consecuencia, el asentamiento mexica sobre la escasa extensión de los islotes debía pagar periódicamente a los habitantes de la orilla contigua un abundante tributo. Muchos fueron los problemas que se presentaron durante los primeros años de la vida isleña. Los mexicas no tenían acceso directo a los recursos de tierra firme, pues ésta ya se hallaba poblada desde su llegada al Valle. La obtención de piedra, madera y otros bienes de tierra firme sólo podía llevarse a cabo por medio de un intercambio de tipo comercial, que no siempre les era favorable. Así, el pueblo mexica no tuvo más remedio que dedicarse a las actividades de caza y recolección de especies lacustres, y en mínima escala a la agricultura.

En la cacería, era amplia la suerte de instrumentos. Arpones, tridentes, lanzadardos y redes les servían para conseguir su diario sustento. De esta manera obtenían aves, pescados, camarones de agua dulce, tortugas e infinidad de insectos comestibles, además de algas recolectadas de la superficie del agua. Inicialmente eran satisfechos los requerimientos de alimentación; pero, conforme sus necesidades aumentaban, los mexicas se vieron en la obligación de ganarle tierras al lago. Utilizaron para ello la técnica de las chinampas, la cual ya era practicada por los pueblos chinampanecas de los lagos de Chalco y Xochimilco. Las zonas pantanosas y las aguas poco profundas de los lagos permitían utilizar este método de agricultura intensiva.

Durante mucho tiempo se creyó, a causa de las equívocas observaciones que hicieron en sus obras algunos cronistas españoles e historiadores como Clavijero y Humboldt, que las chinampas eran jardines flotantes y que podían ser transportados de un lado a otro del lago. Lo más seguro es que hayan visto a los indígenas cuando acarreaban espesos mantos de vegetación acuática flotante, viva y muerta, conocidos como «cinta».

La técnica de chinampas se practica hasta la fecha y es muy similar a la que se utiliza en el lago Dal de Cachemira y que se conoce con el nombre de «rádh».

Se construyen cercos (chinampa significa etimológicamente «sobre el cerco») con estacas y grandes árboles que limitarán y fijarán en el fondo del lago la futura chinampa. En el interior del cerco son vertidas grandes cantidades de cinta y de lodo hasta que el nivel de la chinampa exceda suficientemente el espejo de agua.

Las chinampas requieren de un mantenimiento constante. Se fertilizan con cieno y, cuando su altura no permite que las raíces tengan contacto con el nivel freático, sus suelos son rebajados.

Paulatinamente, la extensión de Mexico-Tenochtitlan iba en aumento. Se reprodujeron las parcelas divididas por canales con tránsito de canoas, donde se practicaban los cultivos minuciosos e intensivos. Era común la siembra en almácigas, y posteriormente los retoños eran trasplantados. En estos trasplantes asociaban diversas especies, logrando con ello una producción variada a lo largo de todo el año, sin tener riesgos de pérdidas totales, como sucede con el monocultivo.

Maíz, bledos, agave, fríjol, calabaza, chile, tomate y muchas otras variedades vegetales eran los frutos del arduo trabajo chinampero.

Frecuentemente se dice que las sociedades prehispánicas, en lo que a tecnología se refiere, estaban poco avanzadas, y a veces hasta que eran tan primitivas que se asemejaban a las sociedades de la etapa lítica europea. Es cierto que no hacían uso de la rueda ni del arado. Las tierras montañosas y la carencia de bestias de tiro les impedían desplegar estos recursos técnicos. Pero la relación del hombre y el medio mesoamericanos determinaron formas productivas diferentes con resultados muy alentadores.

Hachas y cuchillos de piedra, palos plantadores y zapas de madera constituían sus únicos implementos. Su instrumental agrícola era francamente rudimentario; pero en contraposición crearon una tecnología hidráulica muy desarrollada.

Los grupos postclásicos del Valle de México contaban con una compleja organización sociopolítica que les permitió emprender grandes obras integradas al sistema de chinampas. La topografía irregular de toda la cuenca orilló a los pueblos a construir bancales y terrazas de cultivo. Fue necesario crear sistemas de regadío para contrarrestar los efectos de las lluvias irregulares sobre las cosechas. Represas, canales y acequias distribuían el agua proveniente de manantiales, arroyos y ríos. Seguramente un fuerte poder centralizador dirigió el trabajo de obras tan importantes como la desviación del río Cuautitlan. Rígidas normas de distribución de aguas debieron de haber imperado entre los pueblos que gozaban de una misma red de regadío.

En la zona lacustre los diques y los albarradones obstaculizaban el paso de las corrientes salobres que se vertían cada año, durante la época de lluvias, sobre las aguas dulces. Antes de la construcción de obras de este tipo las hambrunas eran frecuentes. El gran albarradón, muro de 20 metros de espesor por 12 kilómetros de longitud, fue una de las obras más importantes de esta clase. Los mexicas edificaron canales y acueductos con el objeto de conducir agua dulce desde tierra firme hasta Tenochti-

LA CREACION DEL HOMBRE EN LA TRADICION AZTECA

Según la tradición de los pueblos mesoamericanos, el mundo fue creado y destruido cuatro veces sucesivas, cada una de ellas identificada con una deidad determinada. Los aztecas también mantuvieron esta tradición y consideraban la suya como la quinta creación que era tenida por la definitiva. En esta quinta creación, los dioses hicieron la tierra y levantaron el cielo; posteriormente, uno de los dioses, llamado Quetzalcóatl, creó a los hombres y las plantas de las que debían alimentarse. Este es el mito que relata la última creación:

«Hicieron luego el fuego, y hecho, hicieron medio sol, el cual, por no ser entero, no relumbraba mucho, sino poco. Luego hicieron a un hombre y a una mujer: al hombre le dijeron Uxumuco y a ella Cipactonal. Y mandáronle que labrasen la tierra, y a ella que hilase y tejiese. Y que de ellos nacerían los macehuales, y que no holgasen, sino que siempre trabajasen. Y a ella le dieron los dioses ciertos granos de maíz, para que con ellos curase y usase de adivinanzas y hechicerías, y así lo usan hoy día de hacer las mujeres.»

Obras de excavación y reconstrucción del Templo Mayor de México-Tenochtitlan

tlan. El más famoso de los acueductos era el que surtía desde Chapultépec.

El ambiente se empezaba a degradar; los lagos eran disminuidos por la acción del hombre y los bosques menguaban por las talas constantes. La madera era un material básico para la construcción, y el único combustible utilizado para fines domésticos y para la producción de cal.

El cultivo intensivo explica las altas densidades demográficas y las numerosas concentraciones urbanas en toda el área del Valle de México. El resultado tentativo de recientes cálculos poblacionales de la Cuenca ha sido el de un millón de habitantes a principios del siglo XVI.

Una gran organización sociopolítica fue la causa principal de vastas conquistas logradas por Azcapotzalco, Tetzcoco, Culhuacan y Mexico-Tenochtitlan. Grupos como el mexica fortalecieron esta organización fundados en el trabajo de construcción de las obras hidráulicas.

La organización social y la propiedad de la tierra

Los mexicas, al fundar Tenochtitlan, dividieron el islote en cuatro zonas basados en sus creencias cosmológicas acerca de la fragmentación tetrapartida de la superficie terrestre. Los calpullis se distribuyeron en sendos barrios destinados a la habitación y al cultivo, con centros religiosos y administrativos.

Maqueta que muestra en el centro el templo de Quetzalcoatl en el recinto ceremonial de Tenochtitlan

El calpulli era la célula institucional de las sociedades postclásicas. Los integrantes de cada calpulli reconocían un origen mítico común. Rendían culto a un dios patrono de quien habían recibido los instrumentos necesarios para desempeñar una profesión característica.

Aunque en casi todos los calpullis se practicaban las labores agrícolas, éstos se diferenciaban por sus trabajos complementarios, semejantes a los de una comunidad gremial. Calpullis de ceramistas, de comerciantes, de fabricantes de mosaicos de plumas, de pescadores, de cazadores y muchos otros existían en Mexico-Tenochtitlan.

En el calpulli se favorecía la relación parental entre los miembros, principalmente por las fuertes tendencias endogámicas; es decir, a casarse con un miembro del mismo calpulli. La exogamia no estaba prohibida; sin embargo, era mal vista. Su reprobación funcionó, en cierta manera, como una fuerza de cohesión social.

Los calpullis poseían en usufructo tierras comunales que eran repartidas entre cada uno de los jefes de las familias nucleares. Según la tradición, los terrenos de residencia del calpulli habían sido otorgados, al igual que los instrumentos de trabajo, por el dios tutelar. Cada familia tenía el derecho y la obligación de trabajar una determinada parcela. En caso de no ser aprovechadas dichas tierras sin causa suficiente a lo largo de dos años, el usufructo les era suprimido y los predios se repartían a otras familias. Es importante citar que las tierras de calpulli no eran susceptibles de alienación.

Las funciones administrativas locales estaban dirigidas por el jefe del calpulli. Este dirigente era elegido y asesorado por un consejo de ancianos y notables. Entre sus tareas se hallaban la distribución de parcelas, el levantamiento de censos, la dirección de la vigilancia y la distribución de los tributos, ya fueran en especie o en trabajo comunal.

Esto último quiere decir que cada familia, además de cultivar sus propias tierras, tenía que trabajar en sementeras especiales cuyo producto era destinado, como tributo, al gobierno central. También eran requeridos los servicios de la familia en la construcción de obras de interés común y en la siembra de tierras que destinarían sus ganancias a la manutención del jefe de calpuli, a la escuela conocida como Telpochcalli y al templo.

El calpulli tenía representantes jurisdiccionales del gobierno central y en oca-

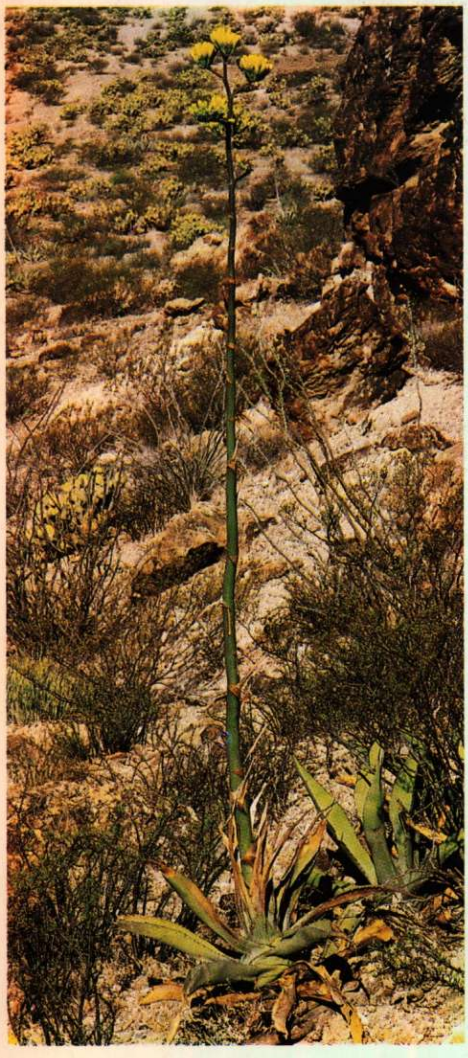
siones influía en las decisiones de éste. Igualmente, el calpulli era la unidad básica cultural y militar de cada ciudad. En él se reclutaban los cuerpos bélicos que eran dirigidos por un funcionario dependiente del gobierno central.

A principios del siglo XVI eran veinte los calpullis que componían la ciudad de Mexico-Tenochtitlan. Los españoles describen en sus crónicas esta institución bajo el nombre de «barrio». Estos veinte calpullis estaban dirigidos por un poder central estatal que los coordinaba y unificaba.

Las clases sociales

La sociedad mexica se caracterizaba, en el momento de la Conquista, por una fuerte estratificación. El lugar que ocupaba cada grupo dentro de la producción determinaba su estatus. Nobles y plebeyos, clases antagónicas, fueron los principales integrantes de la sociedad. Los nobles conformaban la clase dirigente que se dividía en rangos de importancia. Desempeñaban funciones militares, administrativas, judiciales y religiosas. La nobleza organizaba la producción, distribuía la tierra de conquistas y dirigía las obras colectivas; se encargaba de administrar la justicia y proteger la actividad comercial; encabezaba las campañas militares; también manejaba el calendario agrícola-ceremonial, el calendario adivinatorio y determinaba el orden del culto. El producto recaudado de los pueblos tributarios y de sus propios calpullis se concentraba en la maquinaria estatal. Así se redistribuían los bienes entre los dignatarios, el ejército y la burocracia. Rara era la vez en que el pueblo se beneficiaba de las luchas de sumisión. La nobleza mexica disponía de tierras; pero éstas no se pueden considerar dentro del régimen de propiedad privada, como pretenden algunos estudiosos, sino más bien ligadas al cargo que desempeñaban cada uno de los nobles, o aquellas que, sin ser de su propiedad, eran fuente tributaria de los agricultores. Muchos autores definen como «honorarios de trabajo público» los réditos originados de la renta de estas parcelas.

En suma, los nobles ocupaban una posición económica y de prestigio muy por encima de la de los plebeyos. Podían utilizar toda clase de objetos suntuarios, y seguir determinadas conductas públicas que estaban vedadas al resto de la población. Ganaban fácilmente puestos administrativos (de elección o hereditarios) accediendo a un estatus de mayor prestigio. En el calmécac recibían una educación especial y



Maguey florecido. El mexicano ha sabido obtener de esta planta un máximo de provecho

El maguey, una planta sin desperdicio

Aunque sin lugar a dudas el maíz es la planta más importante de cuantas cultivaron los antiguos mexicanos, la vida de estos hombres hubiera sido diferente sin la existencia del maguey, uno de los regalos que la Naturaleza ha hecho al hombre. Conocido en España con el nombre genérico de pita, *el maguey es una planta espinosa del género* Agave *de la que existen en México una gran cantidad de especies entre las que destacan por su utilidad la* Agave atrovirens *y la* Agave americana. *Es una planta de hojas grandes y carnosas, cubiertas de espinas por los bordes, que nacen al nivel del suelo; produce una sola flor en el extremo de un grueso y alto tronco nacido del centro de la planta. Según las especies, tanto las hojas como el tronco del que surge la florescencia alcanzan tamaños diversos, algunas plantas llegan a tener la altura de un hombre. El maguey crece de forma natural y espontánea en regiones áridas y de escasas precipitaciones, pero por la gran cantidad de aplicaciones que tienen todas y cada una de las partes de la planta, los antiguos mexicanos la cultivaron en grandes cantidades en terrenos especialmente favorables.*

Entre la variada gama de productos y aplicaciones del maguey, el más importante de todos fue y sigue siendo el pulque, un licor que se produce de la fermentación de la savia de la planta a la que los mexicanos denominan aguamiel. *El pulque tenía entre los mexicanos muy diversos usos y le asignaban un carácter casi sagrado por considerarlo leche de la diosa Maya huel, la diosa del maguey y gran madre nutricia. Por su contenido alcohólico el pulque se consumía en grandes cantidades como licor embriagante, pero también se usaba como intoxicante ritual y como líquido asociado a diversos sacrificios y celebraciones. Asimismo, los mexicanos atribuían al pulque propiedades nutritivas y medicinales, éstas últimas de excelentes resultados en el tratamiento de enfermedades intestinales.*

Además del pulque, el maguey ofrecía a los mexicanos otros productos. La savia sin fermentar, el aguamiel, es un líquido dulce y de alto poder nutritivo. De las hojas, los aztecas fabricaban tejidos gruesos y papel utilizado en la confección de códices; también extraían fibras para hacer cuerdas. Las espinas se empleaban como agujas y alfileres, lo que era una aplicación importante para un pueblo que desconocía los utensilios de metal. La raíz sometida a cocción se consumía como alimento y el grueso y largo tronco del que nace la flor era empleado como viga en la construcción de las viviendas. Finalmente, su altura y la dureza de las hojas hacían que, plantado en hileras, sirviera como valla de excelente calidad para deslindar y proteger campos y plantaciones. Todo esto permite afirmar, sin temor a exageraciones, que el maguey fue para los antiguos mexicanos una planta sin desperdicio.

Jarra en cerámica policromada. La máscara adosada representa a Tláloc, dios de la lluvia

más rígida que los preparaba para las actividades rectoras. Las leyes eran muy duras con ellos para demostrar ante el pueblo que los gobernantes requerían una moral intachable y que las costumbres libertinas plebeyas nunca les permitirían ascender a esos puestos públicos.

La clase popular o plebeya era la más numerosa y la que desempeñaba el papel productivo. Se componía de campesinos, cazadores, artesanos, comerciantes y pescadores. Todos los plebeyos estaban obligados a pagar tributo.

Los comerciantes ocupaban un lugar preeminente en tiempos de expansión militar y, por ende, mercantil. Adquirían en sus expediciones artículos suntuarios para la nobleza, además de ofrecer servicios de espionaje en las lejanas zonas en que incursionaban. Por estas funciones recibían varios privilegios: estaban exentos de los trabajos comunales y de los tributos personales y ostentaban indumentarias e insignias especiales.

Al igual que los comerciantes, otros plebeyos distinguidos podían adquirir ciertos privilegios. Quienes hacían méritos en el servicio militar eran premiados con los tributos de determinadas parcelas, y en algunas ocasiones se les eximía del pago de tri-

buto. Plebeyos excepcionalmente notables y algunos artesanos virtuosos eran sacados de sus calpullis y llevados a palacio para constituir parte del grupo de los cortesanos. Estos, al lado de comerciantes y de los valerosos guerreros, integraban lo que se puede considerar como una clase intermedia entre nobles y plebeyos, que gozaba de privilegios, fueros y exenciones gracias a los incondicionales servicios que hacían al grupo dirigente. En el juego bélico-político los más perjudicados eran los agricultores, para quienes la derrota representaba una sobretributación. Muchos de los agricultores de los pueblos vencidos quedaban comprendidos en la categoría de mayeques, que significa «braceros». Los mexicas confiscaban las tierras de los pueblos enemigos, y los campesinos que en ellas laboraban se veían en la necesidad de arrendar sus propias parcelas a los nuevos amos. Por lo general, el tributo proveniente de las tierras de mayeque servía para premiar, como antes citamos, a los comerciantes, a los guerreros y a los funcionarios públicos de la nobleza.

Resumiendo, encontramos en la sociedad mexica dos tipos de campesinos, inmersos en dos diferentes regímenes de propiedad: los labriegos del calpulli, trabajadores de tierras comunales propias que pagaban tributo al Estado, y los mayeques, que sobretributaban para contribuir al gasto público y al premio de los distinguidos.

Los esclavos constituían el grupo menos favorecido de los plebeyos. Caían en estado de esclavitud los deudores y algunos delincuentes. No era común, pero llegaban a ser esclavos algunos cautivos de guerra. Esto era excepcional, pues los cautivos se destinaban al sacrificio. Dos podían ser los destinos del esclavo: el trabajo obligado y, en caso de rebeldía, la piedra de los sacrificios. Generalmente estaban al servicio de nobles, desempeñando tareas domésticas. No constituían una verdadera fuerza productiva. Su condición era tan distinta a la de los esclavos de otras partes del mundo, que muchos autores se niegan a equiparar su estado a la verdadera esclavitud. Tenían posibilidad de trabajar en beneficio propio y rescatarse con sus ganancias; podían tener, a su vez, esclavos. A diferencia de los esclavos romanos, tenían familia y ésta era libre.

Organización política: la Triple Alianza

Muy poco tiempo después de su establecimiento en las islas, los tenochcas y los tlatelolcas trataron de organizarse políticamente en forma similar a los demás pueblos de la cuenca. Este tipo de organización era indispensable para su subsistencia en un medio de tensiones y luchas constantes. El tipo de organización política recibía el nombre de tlatocayotl y se caracterizaba por tener al frente del poder a un rey o tlatoani, representante del dios patrón ante su pueblo. El cargo de tlatoani debía ser desempeñado por individuos de un particular linaje. Los jefes tenochcas recurrieron al tlatocayotl de Culhuacan para solicitar a Acamapichtli como gobernante de su pueblo. Llegado Acamapichtli a Tenochtitlan, contrajo matrimonio con cada una de las hijas de los jefes de calpulli, y procreó una nueva nobleza. Los tlatelolcas no se quedaron atrás: uno de los principales dignatarios de Azcapotzalco aceptó su nombramiento como tlatoani de Tlatelolco.

Aunque era necesario pertenecer a un linaje particular para ser tlatoani, el cargo no era hereditario. A la muerte del soberano, un grupo de nobles compuesto por altos militares, funcionarios y sacerdotes designaba entre hermanos, hijos y sobrinos del difunto, al más apto para sucederlo. Durante la ceremonia de elevación, el nuevo tlatoani era investido de manera vitalicia con poderes divinos, políticos, judiciales y militares. Ocupaba el más alto rango de toda la escala gubernativa y administraba los bienes de la comunidad.

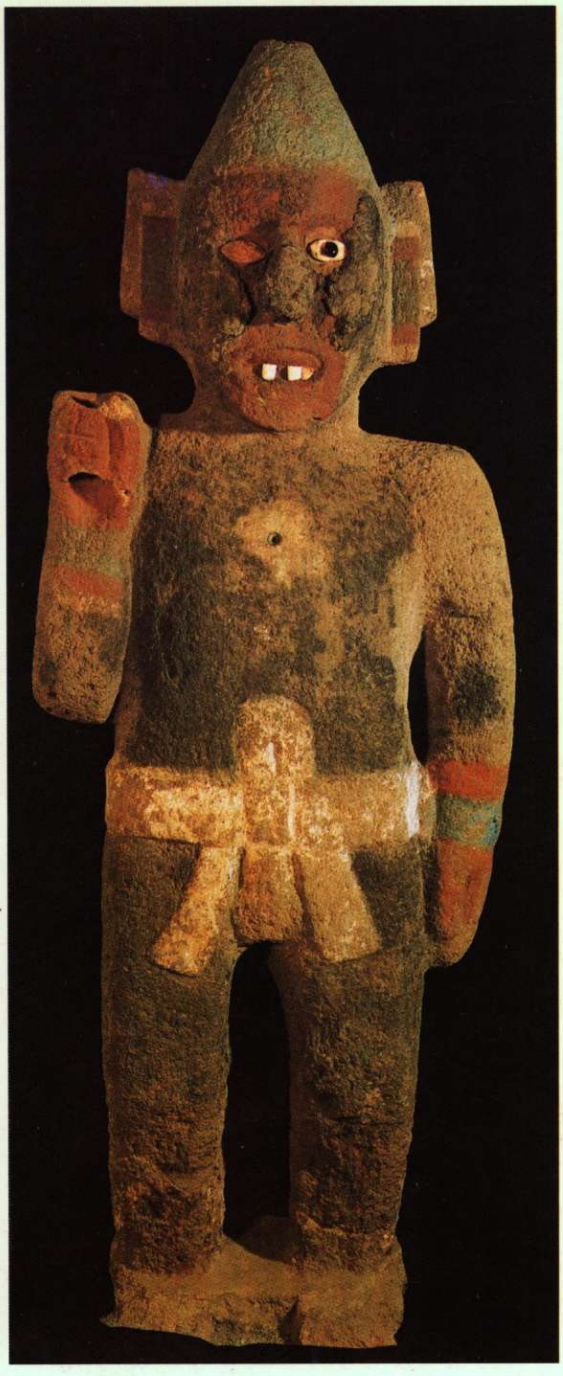
El segundo dignatario en importancia era el cihuacóatl, colaborador elegido por el tlatoani, que ejercía como juez supremo del tribunal central, administrador de la hacienda real y sustituto y representante del tlatoani cuando éste se ausentaba. El puesto de cihuacóatl era, al igual que el de tlatoani, dinástico.

En un nivel inferior se localizaban dos preeminentes militares, el tlacatéccatl y el tacochcálcatl; y dos grandes sacerdotes, representantes de los dos dioses adorados en la doble pirámide mayor de Tenochtitlan: Huitzilopochtli y Tláloc.

Las fuentes mencionan a varios funcionarios públicos que formaban un consejo supremo. Destacaban el director de los recaudadores y prefecto de la capital, el custodio de las bodegas donde se almacenaban los tributos y los cuatro funcionarios encargados del gobierno de cada uno de los grandes sectores de la ciudad.

En los comienzos del siglo XV, los mexicas ya contaban con una organización sociopolítica compleja y muy similar a la de sus poderosos vecinos. Sin embargo, su condición de pueblo tributario obstaculizaba su expansión. El despliegue de fuerzas militares los facultó para combatir como mercenarios al lado de los tepanecas de Azcapotzalco. Éstos luchaban contra sus antiguos aliados, Tetzcoco y Culhuacan, para obtener la superioridad y los tributos de los señoríos de la cuenca.

Los mexicas lograron de las incursiones bélicas algunas ventajas económicas con la

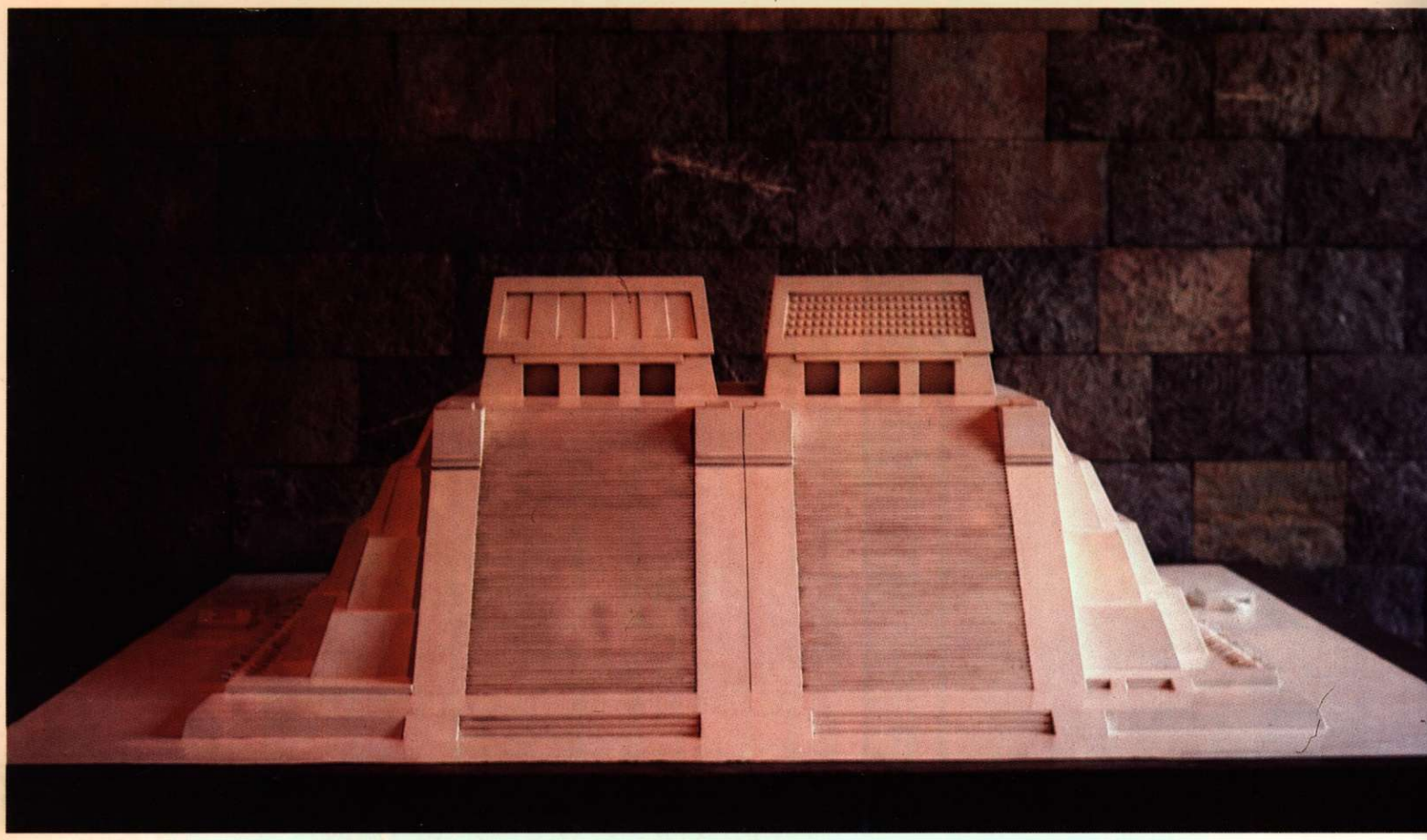


Esculturas en piedra representando porteaestandartes. Cultura mexica

que su tlatocayotl subsistió, pese a la situación crítica que entonces se vivía. En un momento de inestabilidad tal de la región, los mexicas aprovecharon oportunamente la sucesión de tlatoani en Azcapotzalco, y, uniéndose al bando tetzcocano, sometieron en 1430 a los tepanecas. A partir de entonces, la posición política mexica gira diametralmente de pueblo tributario a pueblo conquistador.

El primer paso fue consolidar su reciente triunfo en la cuenca. Con este fin acuerda una coalición con dos señoríos, aceptando el patrón de alianzas de los pueblos hegemónicos del Postclásico. Los aculhuas de Tetzcoco, los tepanecas de Tlacopan y los mexicas de Tenochtitlan (Tlatelolco quedó fuera del reparto) forman la confederación conocida como Triple Alianza. La unión política de estos tres grandes tlatocayotl o señoríos implicaba algunas obligaciones mutuas. Las campañas de conquista y consolidación eran conjuntas y dirigidas por Tenochtitlan. Dos quintas partes de las ganancias de guerra eran para Tetzcoco; de igual cantidad gozaba Tenochtitlan, y la quinta parte restante pertenecía a Tlacopan. Entre ellos había ayudas técnica y económica, y, en caso de invasiones enemigas, la defensa era recíproca.

Las guerras de conquista tenían por objeto la sujeción de los más débiles. Esta



Tenochtitlan: La pirámide doble con los templos dedicados a los principales dioses de los mexicas: Tláloc y Huitzilopochtli

sujeción era únicamente económica y no territorial. Por lo común se respetaba la organización local. Tenochtitlan, Tetzcoco y Tlacopan deseaban el reconocimieto de los pueblos del Altiplano Central.

La mayoría de los señoríos que aceptaron el reconocimiento continuaban siendo autónomos, o sea que conservaban su gobierno y sus instituciones, y sólo se veían obligados a pagar tributos periódicos, a permitir el libre paso de comerciantes y a aportar provisiones y hombres a las milicias de los aliados. Los pueblos que oponían resistencia a la expansión eran batidos por el ejército y compelidos a pagar una onerosa carga impositiva. En algunos casos, los grupos más rebeldes eran despojados de su gobierno y de sus tierras y sujetos a trabajar como mayeques bajo la dirección de un alto funcionario estatal, o hechos prisioneros para nutrir el grupo de los sacrificados. Rara era la ocasión en que se devastaba la tierra y se recolonizaba con individuos que recibían prestaciones asistenciales durante los primeros años. Las actividades bélicas mexicas causaban grandes estragos en las poblaciones enemigas y contribuían a la desplobación masculina.

Guerreros distinguidos, ataviados muchos con pieles de ocelotes y plumas de águilas, formaban órdenes militares que, con una amplia instrucción y una jerarquía rígida, dirigían las unidades de combate. El tlacatéccatl era el general que tenía a su mando todos los ejércitos. Los cronistas describen la existencia en cada calpulli de compañías bélicas con insignias y armas propias, cuyos miembros no recibían salario alguno durante sus actividades guerreras y esperaban después de sus victorias los favores del soberano.

Al parecer, la expansión mexica estaba cerca de sus límites cuando acaeció la conquista española. Los tenochcas y sus aliados ya no eran capaces de ganar nuevos señoríos aún independientes, como el tlaxcalteca y el tarasco. Tampoco podían someter a los grupos nómadas del norte ni hacer lejanas expediciones bélicas incosteables, sin mencionar el peligro de las sublevaciones de los pueblos subyugados. Hay que tener en cuenta, para esto, las limitaciones del transporte mesoamericano, que no contó con bestias de tiro y de carga.

A principios del siglo XVI, la zona de dominio mexica era vastísima. Sus influencias llegaban hasta las aguas del Golfo de México y del Océano Pacífico; sus fronteras colindaban con los señoríos mixteco y tarasco, entre otros, y participaba de los productos de regiones remotas como el Soconusco, situado en la actual frontera de Guatemala y México.

Los tributos que se concentraban en las capitales de la Triple Alianza, principalmente en Mexico-Tenochtitlan, iban desde productos de consumo básico, agrícolas o de caza, los materiales de construcción, madera y leña, hasta esclavos y bienes suntuarios, como los vestidos de algodón y pieles, las plumas preciosas, las armas, el cacao, los metales y las piedras finas.

Esta riqueza cubría la manutención del soberano y la corte, y los requerimientos económicos de los militares y los religiosos. También se destinaban importantes sumas para los sueldos de la burocracia, la construcción de obras públicas y, en época de hambrunas y pobreza, para los gastos sociales.

Cosmovisión, religión y calendario

Los pueblos mesoamericanos, como se dijo en un principio, tenían rasgos culturales comunes. Los habitantes de la comarca lacustre compartían con los mexicas las concepciones acerca del universo.

El hombre prehispánico desmostraba un respeto religioso hacia su medio, y para modificarlo recurría a complicados ritos. Así, por ejemplo, para derribar un árbol, previamente rezaba oraciones en las que exponía al espíritu que se encontraba dentro del vegetal las necesidades que lo apremiaban a hacer esa tarea.

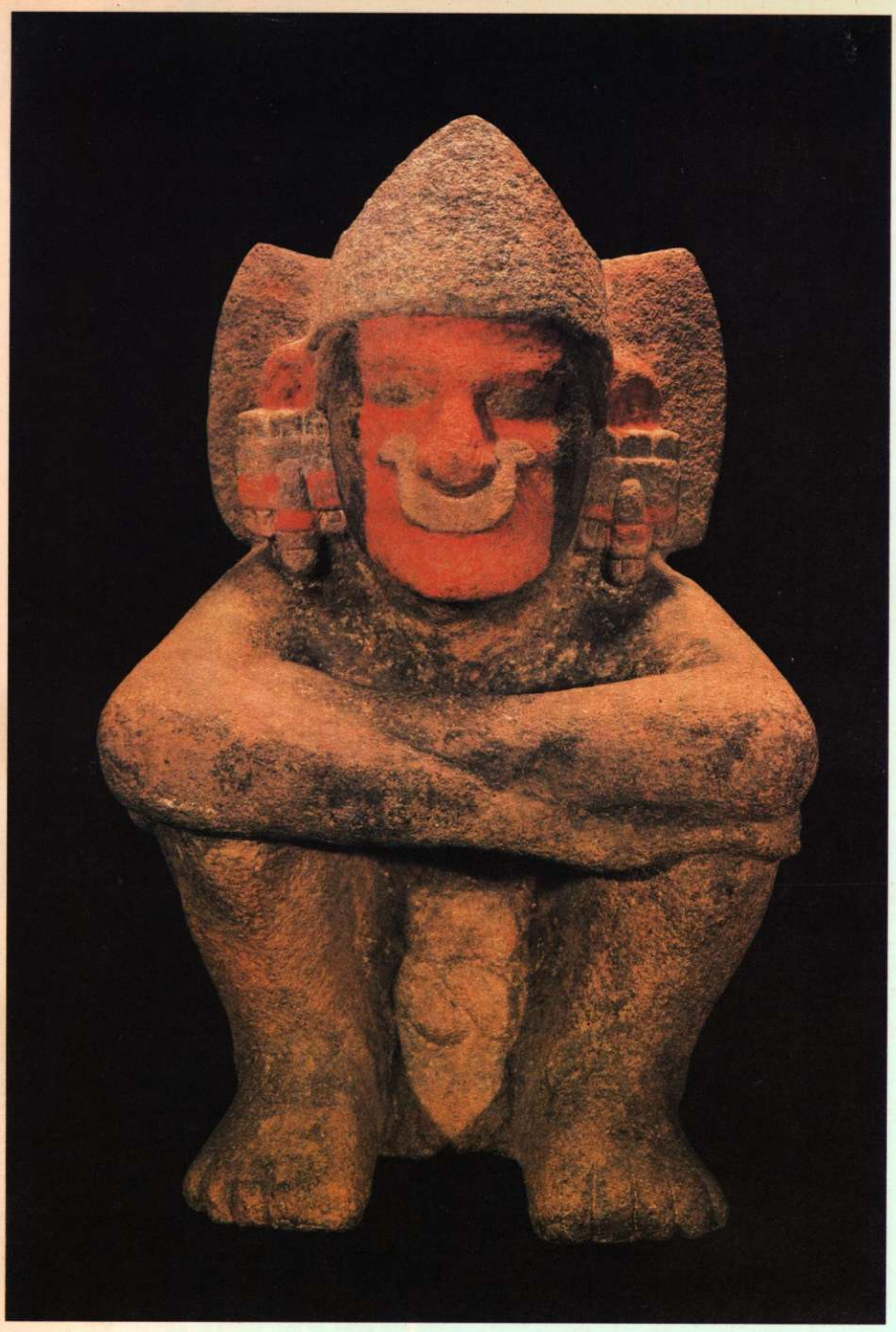
Los mexicas y sus vecinos fundaban gran parte de sus rituales en la transformación cíclica de la naturaleza. Según uno de los más conocidos mitos cosmogónicos, los dioses habían creado cinco mundos sucesivos o soles. Cada uno de ellos tenía como destino su destrucción por una terrible catástrofe. En el primer sol, llamado «Sol de agua», vivieron hombres que, por inundaciones, se convirtieron en peces.

En el «Sol de tigre» habitaron los gigantes y fueron devorados por feroces ocelotes. Los pobladores del «Sol de lluvia de fuego» murieron quemados y reducidos a piedras. En monos quedaron transformados los hombres del cuarto sol o «Sol de viento» después de sufrir el embate de fuertes corrientes de aire. Los mexicas y sus contemporáneos vivían en el quinto sol o «Sol de movimiento», creado en Teotihuacan por los dioses. Este sol estaría marcado por hambrunas, y su fin lo provocarían fuertes terremotos. En esta forma se explicaban los pueblos postclásicos su estancia en la tierra, después de varios intentos fallidos de creación humana que tuvieron como resultado la presencia de los demás seres que coexistían en el mismo ambiente geográfico.

Pese a referencias relativamente abundantes en las fuentes, la variedad y aun contradicción de las informaciones impiden que se tenga una cabal idea sobre la cosmovisión mexicana.

El modelo del universo era aproximadamente como a continuación se describe. Sobre la superficie de la tierra nacían y morían constantemente animales, plantas y hombres. La configuración de esta superficie se asemejaba a una flor de cuatro pétalos. En el centro y en cada uno de sus extremos existía un árbol cósmico que sustentaba todos los planos del universo. Toda su extensión se encontraba delimitada por los mares. Bajo la superficie terrestre se encontraban nueve pisos. El Mictlan, casa del dios de la muerte y de los hombres fallecidos en forma no gloriosa, estaba localizado en el último de los escalones del inframundo. Imaginaban que las corrientes fluviales emergían de las cavidades de los montes. En su interior, hueco y colmado de aguas, estaba situado el Tlalocan, feliz morada de los dioses acuáticos y de los individuos perecidos de enfermedades y muertes atribuidas al agua y a las descargas eléctricas. Sobre la tierra había trece pisos celestes, y por los más bajos viajaban los dioses astrales. En el cielo del Sol acompañaban al astro los hombres muertos en la guerra y las mujeres que fallecían al dar a luz.

El dios mexica Xolotl. Está representado como un esqueleto



Dios agachado esculpido en piedra. Lleva una cofia triangular y un adorno nasal en forma de luna. Conserva pigmento rojo sobre la cara. Cultura mexica

Bajo la creencia obsesiva del dualismo, los pueblos mesoamericanos idearon una taxonomía bipolar de los seres del universo. Elementos que a su vez eran complemento y contraposición de otros, integraban el mundo. Hombre-mujer, masculino-femenino, cálido-frío, diáfano-oscuro, águila-ocelote, Sol-Luna y agua-fuego son solamente algunos ejemplos de entes opuestos.

La pareja primordial de Ometecuhtli (señor de la dualidad) y Omecihualt (diosa dual) fue la creadora de los alimentos y de los dioses. Configuraban el panteón mexica dioses mayores y menores, complejos e inestables, divinidades en continuos desdoblamientos, con múltiples advocaciones y formas entrelazadas, que en ocasiones integraban a un solo ser supremo.

El pueblo mexica era practicante de un politeísmo exacerbado, promovido por el poder central, que se beneficiaba del fanatismo de los plebeyos. Entre las deidades a las que se les rendía un mayor culto estaban Huitzilopochtli, patrono de los mexicas y dios de la guerra y del Sol; Tláloc, señor de las lluvias; Chalchiutlicue, diosa de las aguas superficiales; Quetzalcóatl, deidad del viento; Tezcatlipoca, dios nocturno; Tlazolteótl, señora de la fecundidad; Coatlicue, diosa de la tierra, y los diversos dioses del maíz y del pulque (bebida embriagante obtenida del agave).

A lo largo del año, eran cuantiosas las festividades religiosas que se celebraban en los templos de Mexico-Tenochtitlan. En las ceremonias se escenificaban mitos, se danzaba, se ofrendaban a los dioses valiosos productos y se hacían penitencias y sacrificios.

Todos los pueblos de la cuenca, y en especial los mexicas, ejercitaban con exceso la costumbre mesoamericana del sacrificio. Ésta se había incrementado en el Postclásico a raíz de la necesidad de justificar el aumento de las luchas de conquista. Además, los mexicas pactaban otro tipo de batallas con algunos señoríos, «la guerra florida». Estas contiendas eran sostenidas con el único objeto de conseguir cautivos que más adelante serían muertos para calmar la sed de sangre de los dioses. Bellos jóvenes, mujeres y niños también eran sacrificados en varias festividades, ya fuera que los decapitaran, que los flecharan, que les extrajeran el corazón o que los ahogaran en los remolinos del lago de Tetzcoco.

El conocimiento y el manejo del calendario era uno más de los recursos de dominación con que contaba la nobleza. Los mexicas tenían dos ciclos calendáricos principales. La cuenta agrícola-religiosa, de 365 días, regía las fiestas y los cultivos a lo largo del año trópico. Se dividía en 18 períodos de 20 días, y uno más de 5 días, considerados estos últimos como de mala suerte. El otro ciclo era el adivinatorio, y contaba con 260 días, en los que se combinaban numerales del 1 al 13 con 20 signos. Como resultado de la combinación de estos dos ciclos calendáricos se obtenía una unidad de 18.980 días. Es decir, que el siglo tenía 52 años de 365 días o 73 ciclos de 260 días.

La educación

Entre los mexicas la educación era una norma general para todos los niños y los jóvenes. Desde pequeño, el individuo era encauzado por sus padres a través de una enseñanza práctica y acorde a su sexo. El pequeño varón, hijo de agricultores, acompañaba a su padre a las sementeras, donde veía, practicaba y aprendía finalmente las técnicas de labranza. Otro tanto sucedía con los artesanos y los comerciantes. En lo que se refiere a las niñas, la madre era ayu-

dada por sus hijas en trabajos femeninos como la producción de tejidos, la elaboración de alimentos y el cuidado doméstico.

En el seno familiar se inculcaban por medio de largas y monótonas fórmulas retóricas las virtudes morales.

Las fuentes documentales hispanas citan que el niño acudía obligatoriamente al colegio, a una edad determinada por el grupo social al que pertenecía. Los mexicas tenían dos principales instituciones de enseñanza, el calmécac y el telpochcalli, ambas integradas a los templos.

Los hijos de la nobleza asistían al calmécac desde temprana edad, por lo regular a los cinco años. En este colegio, los infantes eran instruidos bajo métodos de aprendizaje muy rigurosos. En su calidad de internos, los pequeños discípulos eran obligados a ejecutar pesados trabajos y constantes ayunos. A los jóvenes se les daban los medios indispensables para que en un futuro próximo desempeñaran los cargos propios de su estatus. Estudiaban matemáticas, liturgia, profundizaban en el conocimiento de los movimientos astrales y en el uso del calendario, manejaban la escritura y ejercitaban artes como la poesía, la danza y la oratoria.

Los plebeyos asistían al telpochcalli o «casa de jóvenes varones», al parecer a partir de la adolescencia. El edificio del telpochcalli pertenecía al templo del calpulli y su sostenimiento se conseguía gracias al trabajo de los propios alumnos. Por lo regular dormían éstos en la escuela; pero sus comidas las hacían en la casa de sus pa-

LA SEXUALIDAD ENTRE LOS AZTECAS

Los aztecas tenían perfectamente estructurado el universo por medio de un complejo sistema religioso y simbólico. Así, crearon un panteón jerarquizado en el que por debajo de un reducido número de dioses creadores que dominaban las fuerzas más importantes de la Naturaleza —como corresponde a la religión de un pueblo agrícola— existía un gran número de deidades de segundo orden, muchas de las cuales eran formas desdobladas de los grandes dioses o descendientes de éstos que se identificaban con otros aspectos del mundo y con todas y cada una de las actividades de los hombres que habitaban en él. Generalmente, estos dioses secundarios eran tenidos por intermediarios entre los hombres y los dioses creadores que ocupaban la cúspide del panteón. De la misma forma que el mundo sobrenatural, el mundo de los vivos también estaba perfectamente organizado e institucionalizado de manera que existían toda una serie de normas que regulaban cada una de las esferas de la actividad y de la convivencia entre los hombres.

Uno de los ámbitos del comportamiento humano al que los aztecas prestaron especial atención es el de la vida sexual y la actividad amorosa. En el panteón existían divinidades de carácter erótico relacionadas con el comportamiento amoroso cotidiano y con los sentimientos que éste provoca; que protegían las relaciones sexuales legítimas o ilegítimas y que provocaban o curaban las enfermedades derivadas de la relación sexual. Estos eran el dios Xochipilli *y la diosa* Xochiquétzal, *que forman una pareja divina, y la diosa* Tlazoltéotl.

Xochipilli era el dios de las flores y del amor, de la fertilidad y de la procreación, del que dependía el desarrollo de las plantas alimenticias; en su aspecto erótico y sexual —íntimamente relacionado en las religiones agrarias con la fertilidad— estaba asociado a las relaciones sexuales ilícitas y al pecado. De los cabellos de Xochipilli se formó Xochiquétzal que después se convirtió en su esposa. Ésta era igual que su esposo, diosa de las flores y del amor; en este aspecto, era quien realizó el primer acto sexual de la historia, así como el primer parto. Era la diosa protectora de las relaciones sexuales ilícitas y de las prostitutas, y como tal era la patrona y modelo de las sacerdotisas que se dedicaban a la prostitución ritual con los guerreros solteros antes de que estos marcharan a la batalla. Por su parte, Tlazoltéotl, una antigua divinidad de la tierra, es considerada como la diosa comedora de inmundicias y se presenta también como diosa del estupro; en el ámbito amoroso y sexual es la diosa del placer y la voluptuosidad, de la fertilidad y la fecundidad. Tenía bajo su protección a las parteras y a las parturientas, a los magos y hechiceros relacionados con el mundo amoroso y sexual, y a los hombres dados a la actividad sexual desenfrenada. A su vez, cada uno de estos dioses estaba íntimamente relacionado con los problemas y enfermedades venéreas que eran consideradas entre los aztecas como castigos que recibían aquellos que no se atienen a las normas de comportamiento establecidas. Tlazoltéotl se relaciona con todas las enfermedades venéreas y con el mal conocido como tlazolquiquiztli, *el daño causado de amor y deseo; Xochiquétzal se relaciona con las bubas y Xochipilli con las enfermedades venéreas de cualquier tipo producidas por las relaciones sexuales ilícitas y con las hemorroides.*

Todos estos dioses tenían cultos especiales en los grandes centros ceremoniales en los que se incluían representaciones simbólicas de la actividad sexual de cada uno de los dioses.

En el mundo real, la vida sexual y amorosa estaba perfectamente reglamentada. Sólo había dos formas de relaciones sexuales lícitas: las que tenían lugar entre una pareja casada y las que realizaban los guerreros solteros con sacerdotisas que se dedicaban a la prostitución ritual. El adulterio estaba severamente castigado, pero como sería bastante difícil que los hombres mantuvieran su actividad sexual restringida al ámbito matrimonial, se institucionalizó la prostitución como forma de evitar el adulterio. La figura de la prostituta, protegida por la divinidad, estaba perfectamente definida: una mujer que se arregla y adorna en exceso; que se pinta la cara con afeites y cremas; que administra a los hombres alucinógenos y afrodisíacos para incrementar su apetito sexual. Pero también el hombre o la mujer que comete excesos sexuales será castigado por medio de enfermedades de diversa naturaleza que, a veces, tienen un origen mágico, y que pueden ser transmitidos a una persona inocente cuando el pecador aparece en su presencia.

dres. Los jóvenes estudiantes trabajaban arduamente en la labranza de las tierras del templo, en la construcción de obras públicas y en las labores de la escuela. Además de sus actividades religiosas, los jóvenes se instruían en las artes marciales. Hay que recordar que los miembros del telpochcalli fortalecían las líneas del ejército mexica. Como puede percibirse, la enseñanza del telpochcalli habilitaba a las juventudes tenochcas para la producción y la guerra, con normas mucho más holgadas que las del calmécac. Las costumbres de los plebeyos, como las relaciones sexuales extramaritales y el uso de un lenguaje libre, eran frecuentemente reprobadas por la nobleza. La vida dura del calmécac era otra de las razones aducidas por los nobles para gobernar.

También había en Mexico-Tenochtitlan otros centros educativos. Las doncellas que deseaban dedicarse al servicio del templo ingresaban en el ichpochcalli o casa de jóvenes mujeres. En el cuicacalli, que significa en náhuatl «casa de canto», todos los jóvenes plebeyos aprendían a tocar instrumentos musicales (flautas, atabales, caracoles, etcétera) al igual que a interpretar cantos y danzas religiosos y bélicos.

Los plebeyos que entraban a la edad madura se integraban definitivamente al calpulli. Para abandonar el telpochcalli, debían dar un rescate en especie, por ejemplo, cierto número de mantas, a manera de retribución a los maestros. Los jóvenes eran plenamente aceptados en la sociedad en el momento del matrimonio. La familia del varón pedía el consentimiento del padre de la novia, y dando éste su autorización, se efectuaba la ceremonia, después de la cual pasaban a formar un nuevo núcleo en el calpulli.

Urbanismo

Ricas y numerosas son las descripciones de los conquistadores acerca de las cualidades de la capital mexica. La perspectiva de la ciudad sobre el lago, ofrecida desde las elevaciones del suroeste, emocionó de tal manera a los españoles, que la llegaron a

Hernán Cortés, el hombre que en el año 1520 conquistó para el rey de Castilla el gran imperio azteca, había nacido en la localidad extremeña de Medellín en 1485. Después de estudiar leyes en Salamanca, uno de los centros intelectuales más importantes de la España del siglo XVI, su espíritu aventurero le impulsó a probar fortuna en el Nuevo Mundo del que tantas y tan maravillosas historias había oído contar en su Extremadura natal y en la universitaria Salamanca. Participó en la conquista de Cuba, desde donde emprendería posteriormente la expedición que le llevó a conquistar las tierras de México, y a convertirse en uno de los hombres más ricos y poderosos del Nuevo Mundo. Después de pasar largos años en México, volvió a España donde vivió retirado hasta su muerte ocurrida el año 1547 en Castilleja de la Cuesta, un pequeño pueblo del Aljarafe sevillano.

A pesar de su intensa actividad como hombre de armas, Cortés nunca olvidó la formación humanística que había recibido en las aulas salmantinas. Buena prueba de ello es la calidad literaria de las cinco cartas que envió al emperador Carlos V, en las que relataba los incidentes por los que iba pasando en la conquista del Anahuac y describía los paisajes, los pueblos y las gentes que lo habitaban. En la segunda de estas cartas, escrita el 30 de octubre de 1520, Cortés describió la gran ciudad que acababa de conquistar, Tenochtitlan, la capital del imperio azteca. La descripción tiene no sólo valor literario, sino el gran valor histórico de ser la descripción hecha por uno de los primeros españoles que vieron aquella maravillosa ciudad construida sobre las tierras ganadas al lago. Es, por consiguiente, un testimonio de primera mano que nos permite conocer con detalle el aspecto de la urbe y la vida de sus habitantes.

«Esta ciudad de Temixtitán (Tenochtitlan) está fundada en esta laguna salada, y desde la tierra firme hasta el cuerpo de la dicha ciudad, por cualquier parte que quisieren entrar en ella, hay dos leguas. Tiene cuatro entradas, todas de calzada hecha a mano, tan ancha como dos lanzas jinetas. Es tan grande la ciudad como Sevilla y Córdoba. Son las calles de ella, digo las principales, muy anchas y muy derechas, y algunas de éstas y todas las demás son la mitad de tierra, y por la otra mitad es agua, por la cual andan en sus canoas, y todas las calles de trecho en trecho están abiertas por donde atraviese el agua de las unas a las otras, y en todas estas aberturas, que algunas son muy anchas, hay sus puentes de muy anchas y muy grandes vigas juntas y recias y bien labradas; y tales, que por muchas de ellas pueden pasar diez caballos juntos a la par.»

«Tiene esta ciudad muchas plazas donde hay muchos mercados y trato de comprar y vender. Tiene otra plaza grande como dos veces la de la ciudad de Salamanca, toda cercada de portales alrededor, donde hay cotidianamente arriba de sesenta mil ánimas comprando y vendiendo; donde hay todos los géneros de mercaderías que en todas las tierras se hallan, así de mantenimientos como de vituallas, joyas de oro y de plata, de plomo, de latón, de cobre, de estaño, de piedras, de huesos, de conchas, de caracoles y de plumas; véndese tal piedra labrada y por labrar, adobes, ladrillos, madera labrada y por labrar de diversas maneras. Hay calle de caza donde venden todos los linajes de ave que hay en la tierra, así como gallinas, perdices, codornices, lavancos, dorales, zarcetas, tórtolas, palomas, pajaritos en cañuela, papagayos, búharos, águilas, halcones, gavilanes y cernícalos, y de algunas aves de estas de rapiña venden los cueros con su pluma, cabezas, picos y uñas. Venden conejos, liebres, venados y perros pequeños que crían para comer, castrados. Hay calle de herbolarios, donde hay todas las raíces y yerbas medicinales que en la tierra se hallan. Hay casas como de boticarios donde se venden las medicinas hechas, así potables como ungüentos y emplastos. Hay casas de barberos donde lavan y rapan las cabezas. Hay casas donde dan de comer y beber por precio. Hay hombres como los que llaman en Castilla ganapanes, para traer cargas. Hay mucha leña, carbón, braseros de barro y esteras de muchas maneras para camas, y otras más delgadas para asiento y para esterar salas y cámaras. Hay todas las maneras de verduras que se hallan, especialmente cebollas, puerros, mastuerzo, ajos, berros, berrojas, acederas y cardos y tagarninas. Hay frutas de muchas maneras, en que hay cerezas y ciruelas que son semejables a las de España. Venden miel de abe-

comparar con urbes del Viejo Mundo tan bellas como Constantinopla, Venecia y Sevilla. Desde la conquista de Tlatelolco por los tenochcas, en 1473, las dos ciudades mexicas formaban una gran isla, de una superficie superior a los nueve kilómetros cuadrados.

Construida bajo un plan urbanístico reticular, la ciudad se dividía en cuatro grandes secciones atravesadas por innumerables canales, calles y puentes. También se subdividía en los barrios de los 20 calpullis, núcleos independientes con sus propios templos, escuelas, casas con patios interiores y estrechas tierras de cultivo. Chozas de madera y paja, casas de cal y canto y enormes palacios daban una contrastante tónica visual a Tenochtitlan. Pululaban por sus plazas y mercados, por sus calles y canales, más de 200.000 individuos. La ciudad se comunicaba con tierra firme por medio de tres amplias calzadas, que a la vez funcionaban como diques. Miles de canoas transitaban diariamente por la zona lacustre. Todo era incesante actividad.

En el centro de la ciudad de Tenochtitlan existía un recinto ceremonial cuadrangular dentro del cual fray Bernardino de Sahagún enumera setenta y ocho edificios que incluían pirámides, escuelas, juegos de pelota y un manantial. Las festividades religiosas se efectuaban en las explanadas y sobre los templos. En el tlachco se jugaba ritualmente a la pelota y en los tzompantlis se podían ver clavados los cráneos de los guerreros muertos en sacrificio. El templo principal o Coatépec era una pirámide doble dedicada a los principales dioses de los mexicas, Tláloc y Huitzilopochtli. El Coatépec, edificio en continua transformación, era ampliado por cada tlatoani en muestra del creciente poderío mexica. Fuera del recinto ceremonial se levantaban los principales edificios del poder político. En el palacio de Moctezuma se encontraban la corte y los tribunales, y próximo a éste había una casa de animales en la que existían especímenes de remotas regiones.

En Tlatelolco se encontraba el mercado más famoso del mundo prehispánico. Se

jas, y cera y miel de cañas de maíz, que son tan melosas y dulces como las de azúcar, y miel de unas plantas que llaman en las otras islas maguey, que es muy mejor que arrope; y de estas plantas hacen azúcar y vino que asimismo venden. Hay a vender muchas maneras de hilados de algodón de todos colores en sus madejicas, que parece propiamente alcaicería de Granada en las sedas, aunque esto otro es en mucha más cantidad. Venden colores para pintores cuantos se pueden hallar en España, y de tan excelentes matices cuanto pueden ser. Venden cueros de venado con pelo y sin él, teñidos, blancos y de diversos colores. Venden mucha loza, en gran manera muy buena, venden muchas vasijas de tinajas grandes y pequeñas, jarros, ollas, ladrillos y otras infinitas maneras de vasijas, todas de singular barro, todas o las más vidriadas y pintadas. Venden maíz en grano y en pan, lo cual hace mucha ventaja, así en el grano como en el sabor, a todo lo de las otras islas y tierra firme. Venden pasteles de aves y empanadas de pescado. Venden mucho pescado fresco y salado, crudo y guisado. Venden huevos de gallinas y de ánsares y de todas las otras aves que he dicho en gran cantidad, venden tortillas de huevos, hechas. Finalmente, en todos los dichos mercados se venden todas cuantas cosas se hallan en toda la tierra, que además de las que he dicho, son tantas y de tantas calidades, que por la prolijidad y por no me ocurrir tantas a la memoria, y aun por no saber poner los nombres, no las expreso. Cada género de mercadería se vende en su calle, sin que entremetan otra mercadería ninguna, y en esto tienen mucho orden. Todo lo venden por cuenta y medida, excepto que hasta ahora no se ha visto vender cosa alguna por peso.»

«Hay en esta gran plaza una muy buena casa como de audiencia donde están siempre sentados diez o doce personas, que son jueces y libran todos los casos y cosas que en el dicho mercado acaecen, y mandan castigar a los delincuentes. Hay en la dicha plaza otras personas que andan continuamente entre la gente mirando lo que se vende y las medidas con que miden los que venden, y se ha visto quebrar alguna que estaba falsa.»

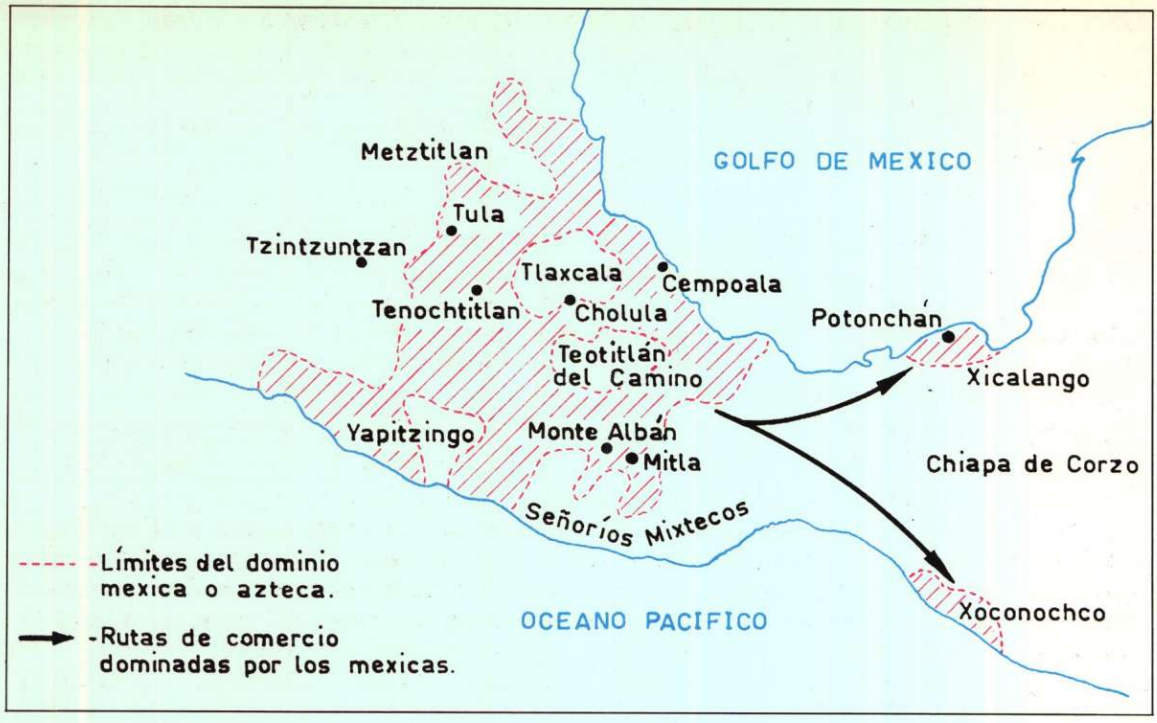
«Hay en esta gran ciudad muchas casas y muy buenas y muy grandes, y la causa de haber tantas casas principales es que todos los señores de la tierra vasallos del dicho Muteczuma (Moctezuma) tienen sus casas en la dicha ciudad, y residen en ella cierto tiempo del año; y además de esto, hay en ella muchos ciudadanos ricos que tienen asimismo muy buenas casas. Todos ellos, además de tener muy buenos y grandes aposentamientos, tienen muy gentiles vergeles de flores de diversas maneras, así en los aposentos altos como bajos.»

«Por la una calzada que a esta gran ciudad entran, vienen dos cañones de argamasa, tan anchos como dos pasos cada uno y tan altos casi como un estado, y por el uno de ellos viene un golpe de agua dulce muy buena, del gordor de un cuerpo de hombre, que va a dar al cuerpo de la ciudad de que se sirven y beben todos. El otro que va vacío, es para cuando quieren limpiar el otro caño, porque echan por allí el agua en tanto que se limpia, y porque el agua ha de pasar por los puentes, a causa de las quebradas, por donde atraviesa el agua salada, echan la dulce por unas canales tan gruesas como un buey, que son de la longura de los dichos puentes, y así se sirve toda la ciudad. Traen a vender el agua por canoas por todas las calles, y la manera de como la toman del caño es, que llegan las canoas debajo de los puentes por donde están los canales y de allí hay hombres en lo alto que hinchen las canoas, y les pagan por ello su trabajo.»

«En todas las entradas de la ciudad y en las partes donde descargan las canoas, que es de donde viene la más cantidad de los mantenimientos que entran en la ciudad, hay chozas hechas, donde están personas por guardas y que reciben certum quid (una cierta cantidad) *de cada cosa que entra. Esto no sé si lo lleva el señor o si es propio para la ciudad; porque hasta ahora no lo he alcanzado; pero creo que para el señor, porque en otros mercados de otras provincias se ha visto coger aquel derecho para el señor de ellas.»*

Carta de Hernán Cortés al Emperador Carlos V.
Tepeaca, 30 de octubre de 1520.

Límites máximos de la expansión de los mexicas y rutas de comercio que penetraban hasta el mundo maya



reunían allí grandes comerciantes que llevaban a cabo transacciones de valiosas mercancías. Pequeños productores que buscaban dar salida a sus excedentes también acudían a dicho lugar.

Vista del templo de Chacumor-Chicheuchuma

Pero Tenochtitlan comenzaba ya a sufrir los problemas de la macrocefalia, que más tarde serían heredados por la actual ciudad de México. El abasto de alimentos y agua potable era a veces insuficiente. Un impredecible régimen de lluvias como el del Valle generaba terribles sequías o devastadoras inundaciones. Por las características del terreno, los grandes edificios se hundían y eran necesarios los frecuentes remozamientos. No existía desagüe adecuado y los residuos humanos eran vertidos frecuentemente en las aguas del lago, produciendo enfermedades hídricas en la población.

Arte

El arte mexica fue síntesis particular de las expresiones estéticas de otras culturas del Altiplano, en especial de Teotihuacán y de Tula. Recibió influencias que determinaron un estilo severo, estático y geométrico en sus formas.

Fue un arte de sobrias imágenes que por lo cumún se integraban o francamente formaban parte de la arquitectura. Predominaron los temas religiosos; se esculpían grandes monolitos y se pintaban extensos murales para plasmar en ellos a seres sobrenaturales. Representaciones de dioses, animales divinos, escenas míticas, guerreros y símbolos religiosos se encontraban por doquier.

La escultura monumental dio a los mexicas uno de sus sellos característicos. Aunque sus pinturas no fueron técnicamente tan bien logradas como las de otros pueblos mesoamericanos, son éstas en la actualidad preciosa fuente de información acerca de las concepciones del pueblo del Sol.

gran enciclopedia de ESPAÑA Y AMERICA

TOMO I

LOS HABITANTES

Hasta Colón

Por

ALFREDO JIMÉNEZ NÚÑEZ

Catedrático-Director del Departamento
de Antropología y Etnología de América

Con la colaboración de:

JOSÉ ALCINA FRANCH
Catedrático de Arqueología Americana
Universidad Complutense de Madrid

MARÍA CONCEPCIÓN BRAVO GUERREIRA
Profesora de la Universidad Complutense de Madrid

MANUEL BALLESTEROS GAIBROIS
Catedrático de la Universidad Complutense de Madrid

LEONARDO LÓPEZ LUJÁN
Escuela Nacional de Antropología e Historia de México

LUIS NÚÑEZ CONTRERAS
Catedrático de Paleología y Diplomacia
Universidad de Sevilla

MIGUEL RIVERA DORADO
Departamento de Antropología y Etnología de América
Universidad Complutense de Madrid

PILAR SANCHIZ OCHOA
Departamento de Antropología y Etnología de América
Universidad de Sevilla

ELÍAS ZAMORA ACOSTA
Departamento de Antropología y Etnología de América
Universidad de Sevilla

GELA, S.A.
ESPASA-CALPE / ARGANTONIO
MADRID
1983